

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista de Modas*, por D.^a Aurara Perez Miron.—*El Angel de Polonia*, por D.^a Angela Grassi.—*A mi madre, enferma* (poesía), por D. A. F. Grilo.—*La Bendicion paterna* (continuacion), por D.^a Faustina Saez de Melgar.—*¡Qué dias tan felices aquellos!* por M. S.—*LÁMINAS: Figurin*, núm. 855 bis.—*Grabado de Labores*, núm. 68.

REVISTA DE MODAS.



L dia del *Corpus*, dia notable en los fastos de la Moda madrileña, ha dejado este año, como de costumbre, que ostente la voluble Deidad sus atractivos en el clásico paseo de la calle de Carretas: ricos trajes de seda con túnica encima de diverso color, trajes con peplum del mismo ó de encaje, y combinaciones mas caprichosas á veces que atinadas, han competido en fijar la atencion de los curiosos y las elegantes. Sobresalía como tocado propio del dia y especial de la moda que rige, la toquilla de tul blanca con pico á la frente y redonda de atrás, cuyas puntas cruzan á sujetarse en el talle como las de un fichú. Estas graciosas mantillas blancas ó negras, ganan terreno cada dia, y en el que nos ocupa las admiramos en tules moteados ó bordadas á propósito, que eran un modelo de buen gusto. También debemos consignar un detalle que prueba la aceptacion que obtienen ciertas modas: en dia tan solemne, tan de etiqueta como el del *Corpus* en Madrid, veíanse algunos trajes cortos, que se conocia por su buen gusto y costosas telas, que eran galas preparadas para el dia. El traje corto va estendiendo su dominio, y no podia menos de suceder así cuando además de la comodidad que ofrece permite lucir su lindo pié á las hijas del Mediodía. Hay modas que parecen hechas para paises privilegiados, y la de los trajes cortos ha debido crearla la Moda sonriendo á nuestra hermosa España!

Dejando ya á un lado lo que hemos admirado, por las novedades que se preparan á ser admitidas, diremos que por el momento se hacen grandes preparativos para las expediciones veraniegas, este año de mas interés que otros, porque sirven de pretesto para dar una vuelta por la Exposicion. Quién llega á San Sebastian ó Biarritz que no se

acerque á la capital del vecino Imperio, cuando ya tiene hecha la mitad de la jornada?

Para estas expediciones dispónense muchos y variados trajes cortos de doble falda, recogida la primera sobre la segunda, ó combinándose en túnica la de encima, cerrada ó abierta por los costados, y siempre con el pequeño cinturón ó cuerpo cuadrado, que deja ver el alto interior. El *foulard* en fondos claros ó medios tonos con sembrados de espigas, flores silvestres ó coronas, es la tela preferida este año para estos trajes, haciendo á veces solo de esta tela el traje superior, y de seda lisa del color de las flores, el inferior. Los adornos en ámbar cuando convienen al color, ó en pastillas de azabache ó cristal (cuentas chatas), sobre bieses de raso, son los admitidos por el momento, llevando el cinturón con enrejado alrededor de las mismas cuentas y fleco. Otros trajes mas sencillos se hacen en *sultana* y *pelo de cabra*, completándoles paletot corto y recto de la misma tela.

Como el traje corto no está aun admitido para salon, y se canta y se baila siempre y en todas partes, pasamos del *foulard* y el *pelo de cabra*, á la *gasa Chambéry*, el *tul* y la *tarlatana*, apartando el traje corto para dejar paso á la ampulosa cola! Entre las últimas creaciones del traje de sociedad, ofrece encantadora novedad un vestido de tul blanco escarchado todo él de cristal, y descansando sobre viso ó traje interior de raso blanco, terminando éste por un buillonado de tul alrededor. La falda superior deja ver una cuarta de la interior, modificacion importante si no se quiere llevar un fleco de harapos alrededor del traje á poco de haber dado principio el baile. El cuerpo, escotado y con berta, va unido á la falda por cinturón de raso blanco escarchado, asimismo de cristal y con enrejado al borde inferior. Otro de gran novedad consiste en falda superior de tul

de plegado muy menudo á la cintura sobre otra de grós de Nápoles, lisa enteramente de arriba y blanca tambien. Como la del traje anterior, la falda de tul deja sin cubrir una cuarta alrededor de la falda de seda, que puede sin riesgo sufrir las inconveniencias de un baile sin deterioro: el único adorno de este traje consiste en guirnalda de flores colocadas al biés en el bajo de la falda de tul, flores que á veces son naturales, escogiéndolas entre las que cuentan mas horas de vida despues de cortadas del tallo; los claveles, las verbenas y las minutasas, se cuentan en este número, y de las mismas flores se forman guirnalda para el escote, mangas y tocado. Por fin, para concluir con los trajes de baile de la estacion, citaremos uno blanco de gasa Chambery y forma princesa, sembrado de ramitos de flores silvestres con sedas de colores, y las espigas con paja. La falda es doble, y la de encima, que forma la sotana, lleva un corpiño muy bajo, completándole hasta los hombros una camiseta escotada. Este traje, que debe completar una corona de espigas y amapolas, es digno de la misma Cérés!

Los sombreros continúan muy pequeños, haciéndose de tul ó paja de arroz, y guarneciéndolos guirnalda de flores ó diademas de cristal ó de oro: generalmente los adornan bridas estrechas, que se sujetan debajo de la castaña por detrás. Hay grandes probabilidades de que la forma actual de los sombreros se modifique para el otoño: nosotros confiamos en que las modistas de reconocida habilidad y tacto sabrán dar á esta importante prenda de vestir todas las dimensiones que exige, sin que pierdan la gracia que hoy las distingue. En sombreros de campo, la forma japonesa, redonda y chata, parece la preferida, sin postergar por eso el sombrero birrete, que imita siempre al calañés en miniatura: estas formas se hacen siempre en paja lisa con guirnalda de flores y hojas acuáticas, completándolas á veces el velito-careta que tanto favorece al rostro.

Ahora, como detalles generales de la Moda, advertiremos que se hacen casi todas las faldas separadas del cuerpo, para poder suplir este por una camiseta de batista ó foulard, que este año, como los anteriores, es accesorio indispensable de la *toilette* femenina. Los últimos modelos son con bullones mezclados de entredoses de encaje: las mangas entreanchas y sueltas del puño, llevan entredos en las costuras. Las camisetas de foulard, mas útiles y no menos lindas que las de batista, se hacen bordadas con trencillas de color, con entredoses de encaje negro, ó con cenefas á punto méjico y ruso, que dá excelentes resultados: sabido es de todas nuestras lectoras que el foulard se lava sin el menor perjuicio, y siendo así, estas camisetas ofrecen mayor comodidad que las de batista, y no pequeña economía: las de alpaca blanca están en igual caso.

Como trajes de casa y para recibir, los de organdí blanco y forma Luis XV con gran volante al canto, son siempre los mas distinguidos en la presente estacion: las costuras nesgadas de la falda se adornan este año con entredoses y viso de cinta: un paletot holgado de la misma tela con cinturón de seda flotante, completa este aristocrático atavío.

Algo diríamos de trajes de niños si este artículo no tuviese ya proporciones mas que regulares: lo remitimos á nuestra próxima revista, terminando esta con recomendar á las expedicionarias la caja de tocador, que debe contener la *harina de arroz* para suavizar el cutis, la *leche antifética* para el mismo objeto, la *crema Pompadour* y el *jabon real de Thridace*, objetos indispensables siempre á quien desee conservar la frescura de su cutis, y mas cuando los frecuentes cambios de clima y el sol de las playas, puede hacerle sufrir marcada alteracion.

AURORA PEREZ MIRON.

INSTRUCCION.

EL ANGEL DE POLONIA.

No son ajenos al sexo llamado débil los nobles y levantados hechos ni las virtudes heróicas y sublimes.

Si es débil su sér físico, su alma posee una energía poco comun, y la abnegacion magnánima es uno de sus mas bellos atributos.

Entre todas las mujeres célebres, prez y orgullo de los diversos paises de la tierra, descuella la hermosa y poética figura de Vanda, llamada generalmente el Angel de Polonia.

Poco tiempo hacia que Lech I, sentándose debajo de la

augusta encina, sobre cuya copa se cernia un águila blanca, habia dicho á sus guerreros:

—Reposemos aquí: este inmenso pais sin montañas se llamará Polonia, y en él tendrán cuna nuestros hijos. Suyas serán esas selvas majestuosas llenas de caza; suyas serán esas estensas praderas en donde crece en abundancia el trigo, y suyas esas bellísimas lagunas, rodeadas de vergeles, que espejan en sus tranquilas ondas las bóvedas del cielo. Reposemos aquí: fundemos aquí una ciudad, y sea nuestra divisa esta misma encina con el águila blanca que se balancea sobre su ramaje.

Los guerreros errantes habian acogido con gritos de entusiasmo estas palabras, y dispersándose en varias direcciones habian ido á buscar maderas y piedras

para edificar el primer hogar, centro de la nueva familia.

Pero aun no estuvo construida la ciudad, cuando la discordia y la ambicion batieron sobre ella sus enlutadas alas, renovando la eterna tragedia que se está representando en la tierra desde la creacion del universo. Cain mató á Abel: los malvados, los prepotentes, se arrojaron sobre los buenos y los pacíficos, quitándoles sus vidas y sus haciendas. Durante muchos años las aguas de los arroyos aparecieron tintas de sangre, y les sobró á las fieras de los bosques opulento botín con los cadáveres.

La inagotable clemencia del cielo se apiadó, sin embargo, de los polacos.

Un venerable anciano, patriarca de Cracovia, tuvo un sueño milagroso, y así que despertó, su primer cuidado fué el de convocar al pueblo y á los patricios para que se reuniesen debajo de la encina que habia dado á Lech su sombra bienhechora.

Cuando estuvieron reunidos les dijo de este modo:

—Los hombres degradados y cubiertos de sangre no pueden y no deben gobernarnos.

No es posible que su voz impura haga descender del cielo á la hermosa Paz, que ha huido de nosotros aterrada.

Su ausencia ha dejado secos los campos, yermos los collados: solo su presencia puede hacer que la vid dé fruto, que germine el trigo.

Pero ¿quién podrá conseguir que abandone el cielo para volver á habitar entre nosotros?

He tenido una revelacion: por medio de un sueño Dios me ha mostrado al Angel que puede regenerarnos. Habita en un espeso bosque que se estiende á las márgenes del Vístula, y pasa su inocente vida embriagándose con el canto de los pájaros, atenta solo al cuidado de sus flores. Es pura, amante, sencilla, humilde violeta que perfuma el bosque donde se oculta, blanca paloma mensajera de paz y de esperanza. Es Vanda, la hija del noble Kraco, el fundador de Cracovia, nuestro mas ilustre Monarca.

Resonaron mil exclamaciones de júbilo entre las turbas reunidas.

—Al bosque! al bosque! gritaron de todas partes.

Y como un torrente de embravecidas ondas se precipitaron hácia la selva designada.

Hallaron á Vanda, con su fiel Malvina, sentada á la sombra de unos sauces.

Quitáronla su corona de campestres flores para ceñirla la corona real; lleváronla en triunfo á Cracovia, alforbrando la senda que recorría de mirtos y de rosas.

Jamás fué ninguna eleccion tan general y espontánea, jamás fué ningun monarca acogido con tantos plácemes y fervientes bendiciones.

Hé aquí el retrato que hace de esta Princesa la fiel y severa historia:

«Poseia Vanda en sumo grado los atractivos de su sexo, á los que daba realce un entendimiento superior y un aliento varonil. Era justa, templada, elocuente, y aseguraba con su afabilidad los corazones que cautivaba su hermosura. Hizo felices á sus pueblos y aumentó considerablemente su prosperidad por medio de la paz y la justicia, de cuyos beneficios habian estado privados durante tanto tiempo.»

Una sola vez la ambicion de los grandes quiso socavar su trono.

Para humillar su cerviz, Vanda no puso en las manos de su pueblo las armas fraticidas, no encendió las teas de una guerra civil y desastrada; los humilló con la magnanimidad de su alma, altiva y generosa.

Convidó á los conjurados para que asistiesen á un magnífico festin, y allí sola en medio de ellos, les echó en cara su negra felonía con enérgica elocuencia.

—Estoy en vuestro poder, concluyó diciendo; hé aquí mi pecho indefenso; matadme si quereis, pero ahorrad la sangre de mis vasallos.

Al oir estas sentidas palabras, los conjurados rompieron sus espadas y cayeron de rodillas á sus plantas.

Este solo acto hubiera sido suficiente para ilustrar su memoria; pero á la generosa Vanda no le bastaba vivir para labrar el bien de su pueblo, quiso morir para conservar su independencia.

Ritogar, Príncipe teutónico, deseando conocer á la espléndida hermosura que pregonaba la fama, pasó de incógnito á Cracovia, y se presentó en la corte como un señor polaco.

Vió á la Reina y la amó: vióle Vanda, y sintió prender en su alma la llama que la abrasaba. Él era violento y apasionado, ella era púdica y candorosa: á la primera entrevista se habló de matrimonio; pero entonces Ritogar tuvo que declarar su origen extranjero.

—¿Cómo! exclamó Vanda anegándose en un mar de lágrimas; ¿será posible que me vea obligada á elegir entre mi amor y mi deber?

Calló un breve instante, y luego repuso con tono firme y decidido:

—Te amo, Ritogar, pero soy la madre de mi pueblo, y antes moriré que hacer traicion á mis hijos. Si uniese á la tuya mi corona, pronto mi pueblo pasaria á ser esclavo del tuyo, y yo quiero que conserve su hermosa independencia. Una union entre ambos es imposible: parte, olvídame, sé dichoso...

En vano Ritogar lloró, suplicó, se arrastró á sus piés; Vanda fué inflexible.

Etonces, el impetuoso amante regresó á su país, juntó un formidable ejército, y volvió á poner sitio á Cracovia, queriendo alcanzar por medio de la fuerza lo que habia sido negado á la ternura.

Con tal celeridad, con tal sigilo llevó á cabo Ritogar su intento, que halló á Vanda completamente desapercibida.

Cuando los habitantes de Cracovia vieron sus campos inundados por las falanjes extranjeras, corrieron al palacio régio, y allí con lágrimas y dolorosas súplicas, pidieron á Vanda que los librase de los horrores de una guerra sangrienta y desastrosa, concediendo su mano al altivo Príncipe.

—¡Hijos! exclamó Vanda vivamente enternecida; ¡es vuestra esclavitud la que venís á pedirme!

—No es posible la victoria, dijo un anciano guerrero, y una inútil resistencia solo daría por resultado millares de víctimas indefensas.

—¡Está bien, retiráos, esperad! exclamó la Princesa con tono solemne.

Algunos momentos despues salió del palacio vestida de blanco, llevando en la frente una corona de rosas, y en la mano su arpa de oro.

Atravesó sola la ciudad, salió al campo.

Los habitantes de Cracovia se agolparon á los muros; los soldados del campamento enemigo corrieron á su encuentro.

—¡Va á pedir la paz, bendita sea! decían los primeros.

—¡Viene á pedir la paz! exclamaban gozosos los segundos.

— Pronto, pronto, decía Ritogar trasportado de júbilo, preparad la régia tienda, traedme mi espada, mi manto, mi corona...

Pero con grande asombro de los unos y los otros, Vanda torció su camino, subió á una escarpada roca que domina el Vistula, y allí entonó, primero un tiernísimo adios, dirigido á Ritogar, luego una ferviente despedida á su amada patria.

Al finalizar su último canto se precipitó en el río, cuyas aguas gimieron, se arremolinaron, formaron rápidos círculos, como si no quisiesen recibir el inanimado cadáver de la víctima, y por fin le condujeron á la orilla, depositándolo ante el palacio régio, construido por su padre.

Resonaron en la ciudad mil lamentos dolorosos; resonaron mil lamentos en el ejército enemigo. Ritogar, horrorizado, fuera de sí, levantó el campo y huyó á sus Estados, para llorar allí eternamente la catástrofe espantosa.

Como habia previsto Vanda, su muerte salvó á su patria.

Sobre la roca del sacrificio se elevó un precioso monumento que atestigüase á los siglos futuros su heroica abnegación, y todavía se invoca su recuerdo en las humildes cabañas y en los soberbios palacios, dándole el dulce título de: *El Angel de Polonia*.

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

Á MI MADRE, ENFERMA.

I.

Las tibias estrellas, las lámparas puras
Que bordan del cielo la atmósfera azul,
Traspasan el manto de sombras oscuras,
Y tristes y solas allá en las alturas
Derraman su luz.

El viento se estiende con rápido brío,
Dolientes murmullos despide al pasar;
Sus quejas repiten la selva y el río,
Se oculta en los bosques, y allá en el vacío
Se vuelve á quejar.

Yo entonces, levanto mis ojos al cielo
Y nadie comprende mi amargo dolor;
Tan solo mi madre, mi madre en su anhelo,
Pues ella imagina, que sufro y que velo
Y lloro de amor.

Ayer, cuando lejos la tarde moría,
Y el sol ocultaba sus trenzas de luz,
Muy triste y llorosa te ví, madre mía,
Y tú me mirabas, y yo sonreía
Mirándome tú.

La luna entretanto brilló en las esferas,
Y en blancos fulgores tu lecho bañó;
Gimieron las auras, de amor mensajeras,
Y allá entre el silencio, rodaron ligeras
Con lúgubre són.

Rendido á tus plantas, postrado de hinojos,
De lágrimas llena te ví respirar;
¿Por qué se inundaban de llanto tus ojos?
¿Si acaso las sombras te dieron enojos,
El sol volverá!

Mas ¡ay! que se abrieron los mares de Oriente,
El sol en sus puertas radiante brilló,
Y aún doblas rendida tu pálida frente,
Tu angustia en el mundo consuelo no siente,
¿Cuál es tu dolor?

II.

¡Pobre madre! con voz débil
Como un céfiro que espira,
Tu dulce pecho respira
Con fatigoso anhelar;
Abres inquieta tus ojos,
Que envuelve el llanto en su velo,
Y mucho miras al cielo...
¿Qué quieres en él buscar?

Otras veces, madre mía,
Sin lágrimas y sin pena,
Besé tu frente serena,
Donde brilla la virtud;
Mas hoy al tocar tus labios
En mi ardiente desvarío,
Siento en tus labios el frío
Del mármol de un ataud.

Tal vez recuerdas postrada,
En tu lecho de dolores,
Las puras vírgenes flores
De otra vida, de otro Eden;
Tal vez tu mente imagine,
Al ver la noche cercana,
Que tu existencia es hermana
De oscura noche también.

Al pié de tu triste lecho
Hoy de rodillas te miro;
Que sagrado es el retiro
Donde nuestra madre está;

Aquí es mas pura la brisa,
Que aromas blandos exhala,
Y el eco que aquí resbala
Hasta el cielo subirá.

Duerme, duermes, madre mia,
Que hasta que vuelva la aurora
El hijo que por tí llora
Está velando por tí;
Y acaso cuando despiertes,
Tierna, amante y sosegada,
Tu dulcísima mirada
Será toda para mí.

Estás durmiendo y no puedes
Contemplar mi desventura;
No adivinas la amargura
Del que se postra á tus piés;
No sabes que sufre y llora,
Tus suspiros recogiendo;
Estás enferma y durmiendo,
Y mis desdichas no ves.

La luna desde su trono
Donde brillan las estrellas,
Despide ráfagas bellas
De tibia y pálida luz;
Lejano el viento repite
Sordos ecos de agonía,
Y yo por tí, madre mia,
Pido al que murió en la cruz.

Duerme, que al tender la aurora
De perlas el blanco velo,
Vendrá un céfiro del cielo
Tus lágrimas á enjugar;
Yo recogeré en tus lábios
Dulce sonrisa de amores,
Y de tu salud las flores
Quizá vuelvan á brotar.

A. F. GRILO.

LA BENDICION PATERNA.

(CONTINUACION.)

Jaime, al escuchar estas palabras estuvo á punto de desmayarse; su corazón se rompía, y tuvo que comprimirle con ambas manos para contener sus latidos.

Se levantó, y acercándose á una mesa donde habia objetos de escritorio, tomó una hoja de papel y escribió en ella estas frases:

«Segismunda, adios: te encuentro y vuelvo á perderte para siempre; hay un hombre que te adora, que te merece mas que yo y te hará mas feliz. Tú mereces ser Condesa de Piñalvo, sólo pues; yo no debo quitarte tu suerte, y recibe con mi eterna despedida la espresion de mi leal amistad.

Jaime Illescas.»

Cerró la carta, le puso el sobre, y se dirigió al Conde, que habia vuelto á sus paseos de arriba á bajo de la sala.

—Señor Conde, le dijo, en la nobleza que revelan sus facciones y en el modo generoso y grande con que quiere pagar á Sor Teresa su deuda de gratitud, conozco que es Vd. un hombre digno de poseer su corazón, y me felicito de haber tenido ocasion de conocerle y de estrechar su mano, rogándole que la haga todo lo feliz que merece ser.

—Crea Vd. que ese es hoy mi mayor deseo; pero, ¿se marcha Vd.?

—Si señor: no puedo esperar mas; se hace tarde para mí. En esta carta la manifiesto la causa que me impide verla.

Jaime dejó la carta sobre la mesa, y saludando al Conde salió de la sala, no sin vacilar, como un niño que empieza á andar por primera vez. Se sentía trastornado, tanto, que al llegar á la calle de Atocha y en el momento de distinguir al padre de Virginia que corría hácia él, cayó al suelo sin sentido.

Entre tanto Sor Teresa se presentó en la sala; iba radiante de alegría creyendo encontrar al hombre adorado de su corazón, y se sorprendió no poco viendo en su lugar al Conde.

Ella, que habia pasado la noche soñando con aquella entrevista, no pudo evitar un gesto de disgusto, que no pasó desapercibido á la investigadora y amante mirada del Conde.

—Señora, exclamó: ¿no me esperaba Vd.?

—Ciertamente que me ha sorprendido su visita; pero siéntese Vd., tengo mucho gusto en verle; ¿cómo sigue su señor padre?

—Mi padre murió hace mas de un año; soy solo, enteramente libre, y esclavo de mi palabra y de mi gratitud, vengo á cumplir la promesa que la hice.

—¿Qué promesa? no la recuerdo, dijo Sor Teresa mirándole con candidez.

—¿Cómo tan pronto se ha olvidado Vd. de mi amor? ¿No ha tenido nunca presente mi promesa de ser su esposo?

—Verdaderamente, que aquella declaracion la creí hija de los delirios de la calentura, y no pasó por mi imaginacion que Vd. hubiera vuelto á pensar en mi humilde persona.

—¡Ah, porque no me amaba Vd. como yo la amo!... exclamó el Conde con desaliento, apoyando los codos sobre la mesa y escondiendo la frente entre sus manos.

—Caballero, dijo Sor Teresa conmovida al ver un dolor tan profundo; crea Vd. que me duele en el alma haberle afligido, pero no lo pude remediar.

—Ya lo sé: ha dicho Vd. lo que siente.

La Hermana de la Caridad fijó por casualidad la vista en la carta que estaba sobre la mesa, y reconociendo instantáneamente la letra de Jaime, la tomó con afán, cubriéndose sus mejillas de una palidez súbita.

La abrió con trémula mano, y conforme avanzaba en su lectura, iba sufriendo su fisonomía una transformacion completa; cuando concluyó, cayó el papel á sus piés, inclinó la cabeza sobre el pecho, y olvidándose de cuanto la rodeaba, y hasta de la presencia del Conde, se abandonó á un dolor inmenso, quedándose inmóvil, con las manos cruzadas

y los ojos bajos, deslizándose á través de sus entreabiertos párpados gruesas y amarguísimas lágrimas.

Así permaneció por espacio de algunos instantes. El Conde la miraba con interés y con asombro.

La pobre jóven perdía en un momento y por causa de aquel hombre, la risueña esperanza que la habia hecho entrever un porvenir de felicidad y de amor. En su alma generosa y elevada no cabían los mezquinos cálculos de interés, y por mas que á los ojos indiferentes, y aun á los del mismo Jaime, la mano del Conde fuese para ella un partido brillante, no podia imaginarse hallar la dicha donde no estaba el amor recíproco que une las almas y las engrandece, fundiéndolas en una sola, abrasadas por el mismo fuego.

—¡Dios mio!... ¡Dios mio!... murmuró al fin con espresion angélica, alzando los ojos al cielo como poniendo en Dios sus esperanzas.

—¡Señora!... dijo el Conde. Daria la mitad de mi vida por saber el contenido de esa carta y por conocer los secretos de su corazon.

Sor Teresa no contestó; enjugó tranquilamente las lágrimas que bañaban su rostro, tomó de nuevo la carta, y apoyándose en los brazos del sillón, como si hubiera necesitado de este auxilio para sostenerse, la volvió á leer con la calma de una persona que, habiendo apurado con supremo esfuerzo un amargo medicamento, espera sus efectos con tranquilidad.

El Conde no apartaba los ojos de aquel hermoso rostro, como queriendo leer en él todas sus impresiones.

Reinó un penoso silencio, que fué interrumpido solamente por los sollozos que se escaparon del pecho de la huérfana, á pesar de sus esfuerzos para contenerlos.

Un temblor nervioso crispaba su mano, teniendo arrugado el papel entre sus dedos, sin pensar y sin cuidarse para nada de aquel hombre generoso y noble que la contemplaba con angustia, y que hubiera dado la mitad de su vida por ahorrarla el mas pequeño pesar.

De repente el dolor de la jóven pareció calmarse; volvió á su fisonomía la angélica espresion que le era habitual, y exclamó con voz trémula:

—¡Ah, justo castigo de Dios!... yo no he debido entregarme á una ilusion mundana. Las hijas de S. Vicente de Paul deben cumplir sobre la tierra su consoladora mision, olvidándose de que existen otros goces y otros sentimientos que no sean los de la caridad y el amor de Dios.

Luego alzando hácia el Conde una mirada donde brillaba la santa resignacion de los mártires, exclamó:

—Caballero, perdóneme Vd. si no he sido dueña de contener en su presencia el sentimiento que me dominaba; hay impresiones que interesan demasiado el alma, y yo no he aprendido el arte de disfrazar mis afectos, ni sabria fingir una cosa distinta de lo que pasa en mi corazon.

—Y yo me alegro que sea Vd. así, porque esa sinceridad me dará la certidumbre de mi desdicha, no quiero decir ó de mi felicidad; pues lo que acabo de ver me arrebató la esperanza de poder conquistar su corazon.

—En efecto, señor Conde; yo debo ser muy franca con Vd., y lo seré; ¿á qué conduciria engañarle? Yo amo desde mi niñez á ese hombre que acaba de salir de aquí; ha sido mi primero, mi único amor, y le aseguro que si no puedo

ser su esposa, no abandonaré el santo hábito que visto.

—¡Ah! y esa carta... exclamó el Conde con ansiedad.

—Léala Vd.; hacia ocho años que no nos veíamos, hoy venia á reanudar nuestras relaciones, y al saber que usted me ama, huye para siempre de mí, haciéndome la ofensa de creer que he de preferir las riquezas al amor.

El Conde leyó la carta, y dijo despues de un rato de profunda meditacion:

—He sido la causa involuntaria de la separacion de ustedes, y debo reparar mi falta buscando á ese hombre y trayéndole á sus piés.

—¡Ah, caballero!... ¡cuán generoso es Vd.! murmuró Sor Teresa mirándole con admiracion.

—Tengo la generosidad del verdadero amor, que aun á costa de su eterna desgracia solo procura la felicidad del objeto de su adoracion.

El Conde se levantó. Estaba convulso y abatido.

—Y así renunciará Vd. á sus esperanzas sin trabajo... sin pesar...

—Señora... llevo el alma destrozada. Déjeme Vd... no me detenga ni me diga una palabra mas, porque vacilaria en mi propósito, y no quiero vacilar... adios...

El magnánimo, el generoso Conde de Piñalvo huyó precipitadamente del salon, llevando entre sus crispados dedos la carta de Jaime, que Sor Teresa le pedia con insistencia; pero no la oyó, no quiso escuchar el sonido de aquella voz dulcísima que conmovia todas las fibras de su alma, y le quitaba el valor para consumir el sacrificio que se habia impuesto.

Sor Teresa al quedarse sola, estendió las manos en actitud de inmensa gratitud, y dijo:

—¡Gracias, alma generosa!... ¡Oh, mil gracias!... Si yo fuera capaz de amar dos veces en la vida, te amaria... pero, ¡ay! que en mi corazon apasionado solo cabe este sentimiento, infinito, eterno, indestructible, que ni la ausencia, ni el desengaño, ni la adversidad, han sido bastantes á borrar.

V.

Reconciliacion.

Virginia se levantó al siguiente dia y se encontró muy animosa; su enfermedad estaba en parte sostenida por la falta de alimento, por la miseria y por la absoluta carencia de todo lo necesario á la vida. Así fué reanimándose poco á poco, como una flor que languidece por falta de riego; y de repente se vivia con la frescura de un manantial.

Sor Teresa cumplió su palabra, haciendo que Virginia se trasladase á una habitacion independiente, donde ya encontró á sus hijos y al bonachon del sastre que los llevaba de la mano.

—¡Hijos de mi alma!... fué la primera exclamacion de la jóven madre, mientras los abrazaba con viva ternura.

El aposento en que se hallaban era pequeño, tenia una reja al campo y una alcoba en el extremo opuesto, donde habia una cama sencilla, pero con unas ropas y unas colgaduras blancas como la nieve.

La sala estaba amueblada de una manera mas bien po-

bre que elegante; seis sillas y un sofá de Vitoria, una mesa de caoba y un espejo con marco de nogal, era todo el ajuar del reducido aposento. Sin embargo, Virginia al entrar en él respiró con satisfacción; allí estaría sola con sus hijos, libre por lo menos del aflictivo espectáculo que ofrecía el ver y oír los lamentos de la infinidad de enfermos agrupados en las estensas salas del Hospital.

Los niños, con su balbuciente jerga infantil, se agarraron al cuello de su madre sentándose ambos sobre sus rodillas; el mayorcito, que era bellísimo y llevaba el nombre de su abuelo Telesforo, dijo á Virginia mostrándole un portamonedas con dinero:

—Mira, mamá, ves cuantas pesetas tengo; pero son doradas, no blancas como las que tú me has dado algunas veces.

—¿Quién te ha dado ese oro, hijo mío?

—Y á mí también, mamá, dijo el pequeño, pugnando por sacar su tesoro del bolsillo de la chaquetilla.

—Yo tengo mas, dijo el pequeño, poniéndose á contar las monedas sin contestar á las preguntas de su madre.

—Truchuela que es esto; quién les ha dado á los niños tanto dinero, dijo Virginia al sastré, que permanecía en pie dando vueltas entre sus dedos á la mugrienta gorra.

—Señora, no se lo puedo decir á Vd., es un secreto.

—¿Cómo un secreto!... ni mis hijos ni yo podemos admitir un dinero cuya procedencia sea sospechosa, exclamó Virginia, despertándose en su alma la delicada altivez que le era natural por su educacion y por su cuna.

—Pues *miste*, señora, la sastra se lo podrá decir; yo no tengo *premis*, y como tiene aquella mujer un geniazó tan fuerte, tengo miedo no me dé un torniscon si se me escapa la lengua. Con que no me diga Vd. *ná*, pues no se lo digo.

—¡Oh! pues es preciso que yo lo sepa, y esto no puede quedar así.

—Vaya, señora, quede Vd. con Dios; ahí dejo los niños, á la noche vendré por si quiere Vd. que me los lleve otra vez á casa; ya sabe que puede contar con nosotros, y que tendremos mucho gusto en servirles.

—Muchas gracias... Truchuela, estoy muy agradecida de Vd. y de su mujer, y crea que si un dia me hallo en otra posicion no olvidaré lo que han hecho por mí.

—Vaya si se encontrará... y quizá no se tarde... pero calla... si se me escapa la lengua adios, canto de piano; hasta la noche.

El sastré, que sin duda estaba contagiado por el defecto capital de su mujer, se temió á sí propio y se marchó sin aguardar á razones. Entonces Virginia recurrió á sus hijos.

—¿Quién os ha dado ese dinero?

—Un señor viejo con los bigotes blancos que se llama abuelo.

—¿Dios mío!... ¿si será mi padre?... ¿y quién os ha dicho que se llama así?

—La sastra; esta mañana nos estaba vistiéndolo para traernos, y llamaron á la puerta. Abrió Truchuela y entró un señor que nos dió muchos besos, bizcochos, dulces, y todo este dinero para cada uno.

(Se continuará.)

FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

¡QUÉ DIAS TAN FELICES AQUELLOS!

Voy á contaros brevemente un sueño muy pesado, y que podría suministrar materia para escribir un artículo muy largo; pero ni vosotras, lectoras mías, tendríais gusto en leerle, ni yo en escribirle. Por eso me limitaré á deciros que soñé llegado el tremendo dia del Juicio, aquel dia que uno de nuestros poetas llama *el dia sin sol*. El valle de Josaphat presentaba un aspecto indescriptible. Se hallaban reunidas en él todas cuantas generaciones han existido desde la Creacion del mundo hasta el año 1867 de la era cristiana. Entre aquella muchedumbre distinguí á una señora, que por su estrecha cotilla y cumplido tontillo, me pareció contemporánea de mi abuela, y como esta bendita señora no se cansaba de alabar lo que llamaba sus buenos tiempos, miré á la del tontillo y la dije: —¡Dichosa de Vd., que alcanzó mejor época que la mía! Vd. no habrá conocido las cesantías, los descuentos, la carestía, el lujo, el cólera morbo, y tantas otras plagas como despues han caído sobre nuestro pais. Vd., al recordar sus buenos tiempos, exclamará, lo mismo que mi abuela: ¡Qué dias tan felices aquellos!

Miróme la buena señora con aire sorprendido, y suspirando exclamó: —No he sido tan feliz como Vd. se figura, y antes tuve que sufrir mucho á causa de las preocupaciones de mi siglo; mejores que mis tiempos fueron los de Carlos V y Felipe II. Entonces era España la primera nacion del Orbe, y sus hijos muy dichosos; y sino, preguntádselo á ese guerrero del coselete, y os dirá como yo: —¡Qué dias tan felices aquellos!!

—¡Mucho!!! replicó el soldado con amarga ironía. Solo Dios sabe los trabajos que pasé de campaña en campaña, y por último, despues de haber salvado el pellejo de las bayonetas enemigas, por poco no me lo tuestan por un quírame allá esas pajas, en las hogueras de la Inquisicion. La felicidad no hay que buscarla en nuestro pais, agitado continuamente por las guerras, las invasiones, el fanatismo y las revueltas intestinas. Si quereis que os hablen de una época feliz, dirigíos á ese hombre de la túnica, que ha vivido bajo el imperio romano. ¡Qué dias tan felices aquellos!

—¡Bien se deja conocer tu ignorancia en lo que dices! repuso el de la túnica: si hubieras leído á Suetonio, á Tácito y á Tito Libio; si hubieran llegado á tus oídos los nombres de Tiberio, Neron y Calígula, no envidiarías á los súbditos de los Emperadores romanos... Ese de la barba crespa es quien podrá, mejor que yo, hablar de las grandezas de Roma; ese alcanzó los buenos tiempos de la república. ¡Qué dias tan felices aquellos!

—No valieron mas que tus Emperadores, los decenviros y los triunviros, respondió en tono brusco el legionario; lo que yo puedo deciros es que no conocí en mis tiempos la felicidad. Pero tú, hijo feliz de la Grecia, exclamó dirigiéndose á un hombre que vestía ropaje talar, ven á decirnos algo acerca de tu patria, que fué la cuna de las ciencias y las artes. Tú que has vivido en Atenas y creciste á la sombra de su areópago, cuéntanos algo de aquella época gloriosa. ¡Qué dias tan felices aquellos!

—¡ Sin duda estás loco ! repuso el ateniense ; he visto á mi patria dividida en cien Estados , prontos á devorarse los unos á los otros , variando de sistemas y pasando del Gobierno aristocrático á la oligarquía , y de esta á la democracia , en busca siempre de una soñada libertad , y siempre bajo el yugo de la tiranía disfrazada con diversos nombres . Vosotros envidiais á los griegos y yo envidio á los asirios , á los que , como ese hombre de la tiara , nacieron en la magnífica Babilonia y besaron los piés de la inmortal Semíramis . ¡ Qué dias tan felices aquellos !

—Persépolis! Nínive! Babilonia! ciudades malditas! Quién podrá llorar bastantemente los infortunios que os atrajo la cólera del cielo ? exclamó entonces el de la tiara . Solo este venerable anciano , añadió señalando á nuestro padre Adán , que atónito escuchaba las quejas de sus descendientes ; solo éste puede gloriarse de haber poseído la felicidad .

—Y de qué me sirvió conocerla sino supe conservarla? preguntó el primer hombre con acento quejumbroso . Dios

me otorgó la felicidad , pero yo pequé , y la desgracia vino al mundo por culpa mia . Despues de haber vivido con mi compañera en el seno de la abundancia , me ví condenado á ganar el sustento con el sudor de mi frente . Dos hijos tuve , y el primero mató al segundo . El hombre ya no puede ser feliz en la tierra : la felicidad es patrimonio de los Angeles .

—Mientes ! gritó de pronto una voz que hizo retemblar la tierra y los espacios . Yo , que fui el primero entre los Angeles , he sufrido y estoy sufriendo mas que todos los hombres juntos . Para ellos hubo un Redentor , y para mí no hay esperanza ; la felicidad solo existe junto al trono de Dios , solo allí hay que buscarla , dijo Lucifer , y al eco de aquella voz tonante desperté sobresaltada , y no fué poca mi alegría cuando ví que todo era un sueño , si exceptuamos esta verdad que saco en consecuencia , y es que no hay en el mundo pais , época , ni siglo del cual pueda decirse con razon : ¡ Qué dias tan felices aquellos !

M. S.

LABORES.

La que muestra el grabado adjunto es una *zapatilla* propia de la estacion , para bordarse en seda ó tafilte á *punto de cadeneta* con torzal de color . Para bordarla , necesitase fijar la tela sobre un pedazo de lienzo en el bastidor , y en ambas telas hacer la cadeneta : si al lado de la cadeneta de seda quiere pasarse otra segunda cadeneta de

oro con hilillo , la labor adquirirá doble importancia sin tener gran complicacion .

El núm. 2 da el modelo de este sencillo bordado , y el núm. 1 muestra terminada la *zapatilla* , que lleva por único adorno una cinta de seda rizada del color del bordado . El talon de esta *zapatilla* es de tela lisa .

JOAQUINA G. BALMASEDA.

MODAS.

Explicacion del Figurin , núm. 855, bis.

Núm. 1. *Cofia* de encaje guarnecida de un ancho encaje y lazadas de cinta rosa : las que forman las bridas , y otra que baja del centro , se reunen debajo de la castaña , cayendo flotantes por detrás .

Núm. 2. *Cofia* de *valenciennes* con escarapela de cinta azul en el centro , y lazo y bridas azules .

Núm. 3. *Capa* para recién nacido , bordada con seda blanca sobre cachemir : ancho fleco de seda adorna la esclavina .

Núm. 4. *Cuerpo* de muselina , cruzado por delante y adornado con guipure alrededor , y en el hombro y bajo de la manga : la muselina va tableada además .

Núm. 5. *Cuerpo* de muselina , lisa la parte inferior , y de tablas separadas por entredoses la superior : lazos de encaje adornan el cuello y hombros , y un bullonado el bajo de la manga .

Núm. 6. *Paletot* de muselina semi-ajustado , y adornado de bieses y borlas de seda verde .

Núm. 7. *Cuerpo* de muselina , liso de abajo y tableado lo de arriba , con ancho encaje que figura esclavina : el cuello vuelto y bajo de la manga van adornados de aplicaciones de encaje .

Núm. 8. *Chaquetilla* de nanzouk con cuello y vueltas , guarnecido todo de entredoses bordados : camiseta de muselina plegada con entredoses de valenciennes .

Núm. 9. *Cuello* alto con caidas por delante , guarnecido todo de feston negro .

Por lo no firmado: el Director

y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1867.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14.

